

EL SEGUNDO CENTENARIO DEL NATALICIO DE D. JOSE CELESTINO MUTIS

por

P. Barreiro, Agustino



El día 6 del mes de abril se cumplió el bicentenario del nacimiento de D. José Celestino Mutis, natural de Cádiz y fallecido el 11 de septiembre de 1808 en Santa Fe de Bogotá. Con tal motivo acordó el Gobierno colombiano solemnizar con gran pompa tan señalada fecha, invitando también al Gobierno español para que se asociase al homenaje. Así lo hizo éste, con el aplauso de la opinión culta, enviando a los señores Barras de Aragón y Cuatrecasas a Santa Fe para que le representasen en las fiestas correspondientes. Aquí en España se han celebrado diversos actos en honor de Mutis, tanto en Cádiz como en Madrid, donde se rindió culto al insigne sacerdote y botánico, recordando sus campañas en pro del adelanto científico, industrial y artístico de Nueva Granada durante cuarenta y seis años. No dejaremos de consignar ahora que buena parte del éxito obtenido en dichos actos corresponde al excellentísimo señor ministro de la República de Colombia, D. José Joaquín Casas, y al personal de la Embajada, que ha contribuido a ellos con gran celo y entusiasmo, tomando parte muy activa en las veladas que dedicaron a Mutis la *Sociedad de Historia Natural*, la *Unión Iberoamericana*, el *Ateneo* y, muy especialmente, la *Academia de Farmacia*. Así ha podido darse a conocer entre nosotros esa figura gloriosa, cuya memoria era tan sólo patrimonio de algunos naturalistas y eruditos. A ella vamos

a dedicar este modesto recuerdo, enumerando sus principales méritos y uniendo así nuestra voz a todas aquellas que aquí en España y allá en Colombia pregonan hoy alabanzas a quien tan alto supo dejar el nombre de su patria en tierras americanas.

II

Don José Celestino Mutis se nos presenta desde sus años juveniles como una mentalidad potente, un carácter enérgico y decidido y un apasionado por el saber. Terminada brillantemente su carrera médica, se traslada a Madrid, recibe el título correspondiente del Tribunal del Real Protomedicato y sustituye por algún tiempo la cátedra de Anatomía del Hospital general. Ansioso de más expansión científica, dedícase al estudio de las matemáticas y ciencias naturales, en especial de la Botánica. Tres años consagró a ésta en el jardín del *Soto de Migas Calientes*, bajo la dirección del profesor Barnades. Como se ve, tenía Mutis en su misma patria un campo bien extenso para sus actividades y un futuro muy halagüeño para el desarrollo de las mismas. No cabe, por lo tanto, atribuir al deseo de lucro, el propósito de abandonar su patria para trasladarse a tierras ultramarinas. Sin embargo, en semejantes circunstancias, fué requerido Mutis por D. Pedro Mesia de la Cerda y Cárcamo, marqués de la Vega de Armijo, nombrado virrey de Nueva Granada, para que le acompañase a su destino en calidad de médico, y aquél, después de algunas vacilaciones, aceptó la invitación.

¿Qué se proponía Mutis con esto? ¿Qué ideales le impulsaban a dejar su patria y familia para lanzarse a la inmensidad de los mares en busca de las selvas vírgenes de América? No eran otros que los de saciar las ansias de aquel su espíritu anhelante de nuevos e inmensos horizontes; los de contemplar, estudiar y revelar al mundo las producciones naturales de aquella tierra opulenta que constituían, al menos en gran parte, un misterio para la vieja Europa. He aquí los móviles que sobrepujaron al amor del hogar paterno y del país nativo, en el corazón del insigne gaditano.

El 28 de julio de 1760 salió Mutis de Madrid, con rumbo a Cádiz, para dar el último adiós a los suyos. Aprovechando tal coyuntura herborizó en los parajes de tránsito, recogiendo plantas y noticias sobre las vegetaciones castellana y andaluza.

El 7 de septiembre de 1760 zarpó de Cádiz el navío de guerra "Casti-

lla", conduciendo a bordo a Mutis, y el 29 de noviembre arribaron a Cartagena de Indias, después de una travesía feliz.

III

La tierra americana se presentó como visión encantadora al espíritu sutil y delicado de Mutis. Apenas llegado reanuda sus tareas botánicas, recogiendo plantas durante su ascenso a la capital del virreinato. Aquí se instala junto a D. Pedro Mesía de la Cerda, y da comienzo a la práctica de su carrera médica con aplauso de los habitantes de Santa Fe. Su fama extendióse rápidamente por todo el virreinato, cuyos enfermos acudían a él, sin cesar, en solicitud de curación o de alivio. Ante un éxito tan rotundo, el virrey María de la Cerda Solicitó del monarca español el título de Protomédico de Nueva Granada para Mutis y además una cátedra de Medicina.

Por esta misma época (1766-1771) emitió Mutis los informes siguientes: uno, acerca de un plan de estudios de Medicina; otro, pidiendo la creación de una Cátedra de Química; otro, sobre las condiciones higiénicas que debía reunir el cementerio de Mompos; otro, sobre el aislamiento de enfermos y remedios para curarlos; otro, sobre las condiciones terapéuticas de la quina, y, finalmente, redactó instrucciones para el buen uso de las aguas de Tabío. Enseñó asimismo los usos médicos de varias plantas, como la raíz de ipecacuana, el bálsamo de Tolú, la yerba del té, la nuez moscada y otras más.

Una de las campañas más humanitarias y más beneficiosas realizadas por Mutis en Nueva Granada fué la que tuvo lugar con motivo de la epidemia variolosa que apareció en aquel país por los años 1782 y 1783, amenazando diezmar sus habitantes. El insigne gaditano sostuvo desde el primer momento con intuición genial que sólo podía contenerla el empleo prudente de la variolización auxiliado por otras medidas higiénicas de carácter más o menos importante. La novedad del procedimiento exponíalo ciertamente a las críticas de muchos médicos aferrados a lo antiguo y enemigos por consiguiente de toda innovación y, en efecto, Mutis experimentó en los principios de su actuación algunas contrariedades. Aleccionado por éstas, abstúvose de fomentar discusiones y adop-

tó una política de atracción hábil y silenciosa, logrando así un resultado altamente satisfactorio. Véase lo que dice en su informe de 15 de marzo de 1783 al virrey de Santa Fe (1): “Excmo. Sr: Cumpliendo con la orden superior de V. E. en que se digna mandarme que exponga mi dictamen sobre las resultas de la inoculación y lo demás observado en la presente epidemia de viruelas, debo decir que, como testigo ocular, en todas las casas que he visitado y continuo indagador imparcial de todo lo acaecido en las demás familias de mediana y baja esfera que igualmente abrazaron el partido de la inoculación por el poderoso influjo de las promesas, a fin de cerciorar a V. E. con la justificación que pide la salud pública, he conferido frecuentemente sobre tales materias durante todo el curso de la epidemia, con D. Antonio Froes, médico de V. E. y profesor de toda mi confianza.

Bien sabe que el honor que me franquea con la inmediación a su persona, la imparcialidad que religiosamente me propuse observar desde los principios de la epidemia, no descubriendo en esta ocasión mi antigua inclinación a esta saludable práctica por dejar adormecidos los celos y disfrutes que suelen poner de peor condición las novedades útiles. Con la franqueza y ardor propios de mi edad en la epidemia pasada, me empeñé demasiado en promover la inoculación a beneficio de este reino, pero en pago de mis buenos oficios, experimenté algunos disgustos por parte de personas alucinadas y de oficio, siempre dispuestas a disputar todo lo útil como sea nuevo, aun a pesar de los buenos efectos observados en algunos pocos inoculados dentro de la capital por mi dirección y en otras provincias por los aficionados. Semejantes disputas influyeron demasiado en el ánimo de estas gentes, por otra parte indecisas con la lentitud de aquella epidemia de que pensaban escaparse. Con la edad y la experiencia, apagado aquel ardor y hecho más cauteloso, pude conocer que mi afectado silencio contribuía en mucha parte a los progresos de la inoculación, de que ya se trataba seriamente aquí, por las fatales noticias que llegaban con frecuencia de los estragos hechos en otras provincias. El mejor empeño estaba en precaver toda disputa, manteniendo en un profundo sueño los ánimos de aquellos que por nuevo espíritu de facción y de partido se esmerarían en contradecirlas. Aseguré delante de V. E., cuando personas condecoradas solicitaban mi dictamen, que con el silencio se auguraban mejor los progresos de la inoculación, según lo indicaba la presente disposición de los ánimos... En efecto, casi se oye-

(1) Este informe fué publicado por D. A. Jerónimo Gredilla en su “Biografía de Mutis”, págs. 70-73. Madrid, 1911.

ron primero buenos efectos de la inoculación introducida en las casas principales, que se advirtiera la común resolución de tales familias cuyo respeto, protegido por V. E., sostuvo las malas resultas de la competencia ruidosa. Quedó esta capital en aquella sana libertad que V. E. deseaba y corrió felizmente la inoculación desde aquellas a otras familias de estado medio, ascendiendo todo el número de inoculados a muy cerca de *mil personas* de todas edades y sexos. Entre todos los inoculados, *sólo consta haberse desgraciado dos mujeres.*” Transcribimos aquí este documento porque constituye para Mutis una página de gloria. La variolización había sido introducida en las naciones europeas el año 1721 por María Wortley Montague, embajadora inglesa en Constantinopla. El empleo de aquella tuvo al principio adversarios numerosos que la combatieron encarnizadamente estimulados más adelante por algunos fracasos observados en varias ocasiones. A pesar de ello Mutis no perdió la fe en ese método; antes al contrario, lo juzgó de una eficacia segura e insustituible. A poco de hallarse aquél en Nueva Granada, se presentó una epidemia variolosa y no vaciló en acudir a la variolización para combatirla. Esto hubo de acarrearle algunos sinsabores causados por sus mismos colegas, que vinieron a entorpecer y a malograr en parte tan beneficiosa campaña. Más cauto en la segunda epidemia pero firme en sus primitivas convicciones, esquivó toda discusión, convenció a las familias influyentes para que se inoculasen, y garantizado por ellas, le fué muy hacedero extender su radio de acción a las demás clases sociales. Así logró aquel resultado tan satisfactorio que hace constar en el informe transcrito.

A estas ocupaciones añadió la correspondiente a la cátedra de Matemáticas que hubo de explicar gratuitamente durante cuatro años (1762-1766) en el colegio de Nuestra Señora del Rosario de Santa Fe. En esta época se propuso Mutis explorar diversos territorios de aquel país para conocer sus producciones, llegando con tal motivo a las minas del Real de Montuosa, jurisdicción de Pamplona. Al observar los métodos de explotación, pudo advertir lo rudimentarios e imperfectos que resultaban, y convencido de los grandes beneficios que obtendría tan productiva industria, reformándolos y perfeccionándolos, se propuso llevarlo a cabo constituyéndose en director de dichas minas. Cuatro años permaneció en aquella soledad consagrado a esta misión, al estudio de las plantas y animales y al cuidado de muchos enfermos que acudían a él en demanda de asistencia. En 1770 regresó Mutis a Bogotá para ocuparse en la Medicina y en la formación de jóvenes que acudían a él, ávidos de oír sus explicaciones.

Dos años más tarde la vida de Mutis adquirió una fase nueva y de gran relieve. Siempre había sentido aquél muy hondamente la piedad como expresión la más genuina de sus creencias católicas, firmes y profundas. Aun en medio de sus tareas múltiples, no se olvidaba de recordar los estudios teológicos, hechos a lo que parece en su juventud. El año 1772 sintió con mayor intensidad la vocación a un estado más perfecto, y después de meditarlo seriamente recibió las órdenes sagradas el 19 de diciembre de dicho año, cantando su primera misa la inmediata noche de Navidad. Don José Celestino Mutis unió al sacerdocio de la ciencia el sacerdocio de la fe, y el médico de los cuerpos se convirtió también asimismo en médico de las almas.

Desde Bogotá seguía de continuo la marcha de las explotaciones mineras de Montuosa, y al convencerse de las deficiencias inherentes a los métodos empleados, dispuso, de acuerdo con D. Pedro Ugarte, copropietario de aquéllas, enviar a Suecia a D. Clemente Ruiz para que, estudiando los nuevos procedimientos, volviese a Nueva Granada y los llevase a la práctica. Así se hizo, en efecto, regresando Ruiz a Santa Fe el año 1777. Todavía volvió Mutis a ocuparse de asuntos mineros en el Real de Minas de Sapo, durante los años 1777-1782. Allí le halló el arzobispo virrey D. Antonio Caballero y Góngora, al hacer su visita pastoral, y allí conferenciaron los dos acerca de varias cuestiones de interés para el virreinato, afianzándose en el prelado el concepto ya muy favorable que debía de tener del sabio naturalista, experto médico y ejemplar sacerdote. Mutis expuso al virrey el proyecto de publicar una Historia Natural completa de toda la norteamérica española, y tuvo la satisfacción de oír de labios de dicha autoridad frases de aplauso y promesas formales de incondicional apoyo. El abnegado e incansable explorador pudo entonces congratularse de ver cómo se acercaban a la realidad sus acariciadas ilusiones a los veintidós años de incesante y desinteresada labor. Por aquellos días (1787) llegó a noticia del virrey que don Federico Alejandro Humboldt había obtenido autorización del monarca español para recorrer los países de Nueva Granada y Ecuador en viaje de estudio, y juzgando depresiva para nuestra patria el que se adelantase un extranjero a realizar esta misión que correspondía primordialmente a la metrópoli, pidió parecer a Mutis sobre la conducta que convenía seguir en tales circunstancias. Este recordó al virrey las repetidas gestiones que había hecho ante el Gobierno de Madrid en 1763 y 64, solicitando recursos para viajar por ambas Américas estudiando sus producciones, con el fin de escribir la Historia Natural, y, por fin, el resultado negativo de las mismas. En vista de ello resolvió el arzobispo ade-

lantarse, tomando la determinación de nombrar lo que llamó "Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada". En virtud de tal acuerdo, fué designado Mutis como jefe de la misma, y auxiliares suyos el Dr. Valenzuela y el dibujante D. Antonio García (1782). Un año después sancionó Carlos III la propuesta del virrey, dando principio la Comisión a los trabajos correspondientes en el pueblo de Mariquita. Aquélla se aumentó con los señores D. Bruno Landete, D. Fermín de Vargas, D. José Cambor; el franciscano Diego García y el pintor Pedro Caballero, como auxiliares de los señores arriba citados. Mutis aportó a la expedición su magnífico herborio, algunas figuras al óleo de plantas y animales y numerosos manuscritos llenos de interesantes noticias acerca de la fauna y la flora de Nueva Granada. Con gran entusiasmo comenzaron todos a cooperar al éxito de la empresa; pero ¡cuántos obstáculos se opusieron a ésta y cuántas amarguras tuvo que devorar su jefe y director! Por causas diversas abandonaron el trabajo el dibujante Antonio García, D. Eloy Valenzuela y D. Fermín de Vargas. Mutis pidió pintores a España, de donde le fueron enviados José Calzado y Sebastián Méndez, éste limeño y aquél hijo de Málaga; pero uno y otro fracasaron. Fué necesario acudir entonces a Quito, célebre entonces por sus pintores, contratándose allí a cinco, que vinieron a Santa Fe acompañados de D. Juan Pío Montufar, marqués de Selva Alegre. Al frente de ellos quedó colocado el habilísimo artista D. Salvador Rizo, primer pintor de la expedición y mayordomo de ésta. Con semejantes elementos se procedió al dibujo e iluminación de láminas, trabajándose, en silencio, nueve horas diarias. Mutis pudo contemplar entonces, profundamente satisfecho, lo perfecto y acabado de semejante labor. Desgraciadamente quedó interrumpida en 1789. Por estas fechas enfermó Mutis, que había quedado allí sólo con los pintores, y seguidamente enfermaron también éstos, viéndose precisados a retirarse de Mariquita. La expedición estuvo a punto de fracasar. Se acudió de nuevo a Quito y se contrataron otros dibujantes, en número de cinco, a los cuales se unió el joven colombiano Francisco Javier Matis. Se reanudaron los trabajos, formándose además un pequeño jardín botánico y una selecta biblioteca de Historia Natural. Se habilitaron locales espaciosos para ésta, y para herbarios, láminas, animales disecados, colecciones mineralógicas y fósiles y para taller de pintura.

La expedición continuó su marcha progresiva, distinguiéndose por sus trabajos el religioso Fr. Diego García, quien, obedeciendo órdenes del virrey, emprendió un viaje de exploración por las provincias de Muza, Llano Grande, Río Hacha, Valle de Upar, Ocaña, Mariquita, Cartagena, Neyba, La Plata, Santa María y territorio de los Andaquíes. Siete años

invirtió este benemérito franciscano en recorrer dichos territorios, formando en ese tiempo numerosas y ricas colecciones de minerales, vegetales y animales, que fueron a engrosar el Gabinete de Historia Natural de Madrid y el de la Expedición Botánica, mientras continuaba ésta sus trabajos acerca de la flora.

Había por aquella época una cuestión que por su importancia comercial y médica inspiraba gran interés al Gobierno español y al mundo científico: era la de las quinas. Descubierta por el astrónomo francés Carlos María de Lacondomine el año 1738 en Loja (Perú), se ignoraba su existencia en las tierras americanas situadas sobre la línea del Ecuador. Mutis se propuso averiguarlo, y, en efecto, lo consiguió por dos veces, una en 1772 en el monte de Tena y otra en 1773 en el llamado Pantanillo.

A él corresponde la gloria de haber sido, entre los hombres de ciencia, el primero que reveló al mundo un hecho tan importante por muchos conceptos. Pero no terminó aquí la campaña de Mutis en esta materia. Estimulado por el motivo dicho y por las discusiones sostenidas entre D. Francisco de Zea y D. Hipólito Ruiz, al publicarse la *Quinología* de éste, encareció a Fr. Diego García y D. Francisco José de Caldas que explorasen con el mayor esmero todos aquellos territorios en los cuales podía suponerse la existencia del preciado vegetal, y así lo hicieron uno y otro. “Puedo Afirmar, decía Caldas en 1806, que he visto todas las quinas del virreinato vivas y en sus lugares nativos y que todas las he estudiado cuidadosamente.”

Merced a estos materiales pudieron preparar D. Celestino Mutis y D. Sinforoso la magnífica obra titulada *Historia de los árboles de la Quina*, que aún se conserva inédita en el Jardín Botánico de Madrid. El director de esta “Expedición Botánica” había observado, años atrás, los efectos de las distintas quinas en los hospitales de Santa Fe, consignando los resultados en su *Arcano de la Quina*, impreso en el *Diario de Bogotá* por los años 1793-1794.

He aquí lo que deben a este sabio la Ciencia y la Humanidad, en la presente materia.

Aún tuvo Mutis energías y tiempo para cultivar otra rama del saber, en la cual dió muestras de gran ingenio, realizando descubrimientos de importancia. Fué la ciencia de los astros cuyos principios fundamentales había estudiado en Madrid desde 1757 a 1760. En 1769 tuvo lugar el paso de Venus sobre el disco del Sol, y a este propósito dice lo siguiente: “Un paso tan favorable no llegará a verificarse sino dentro de mucho tiempo. El más próximo será el año 1874. Seguirá el de 1882. Estos dos

sucedrán en el mes de diciembre, sazón ingrata para las observaciones. Por otra parte, para sacar de ellas todo el fruto posible sería necesario penetrar en el Sur hasta el círculo polar y aun más allá. Otro paso sucederá en el año 2004, y en él la latitud de Venus no será bastante grande y el efecto de la paralaje sobre las diferentes duraciones del paso no será ni con mucho tan sensible como lo fué en 1769.

En el paso que acontecerá en el año 2012 se lograrán, con pocas diferencias, las ventajas que en el de 1769. El día 5 de julio de 2255 Venus pasará sobre el Sol con circunstancias más favorables que en este siglo...”

Otro descubrimiento notable debe a Mutis la ciencia astronómica: es el de la variación nocturna del Barómetro. Véase lo que dice a este propósito D. Francisco José de Caldas, en el *Semanario del Nuevo Reino de Granada* correspondiente al año 1808: “En la columna octava hemos puesto los *puntos lunares del mes*, porque la luna tiene un influjo directo sobre las variaciones diarias del Barómetro. Este bello descubrimiento se debe a la sagacidad y a la constancia del célebre Mutis. Este sabio infatigable ha llevado una serie de observaciones barométricas por el dilatado espacio de cuarenta y seis años consecutivos, y ha sido recompensado con las verdades importantes que ha descubierto y con los hechos que ha comprobado de diferentes modos. Si a Godín se debe el primer conocimiento de la *variación diurna y periódica* del Barómetro, a Mutis le debemos la *nocturna*. En 1761, en que la Nueva Granada adquirió para su gloria a este hombre grande, conoció que por la noche se verificaba otra variación semejante a la diurna. Poseo los manuscritos preciosos que contienen este bello descubrimiento; en ellos he visto, con placer, los pasos y las ideas que condujeron a este sabio al grado de luces que hoy tenemos sobre el Barómetro entre los trópicos.

Se ha publicado con demasiada precipitación que a las cinco de la mañana comienza a subir, hasta las nueve, hora de su mayor altura; que entre las nueve y doce del día se mantiene casi estacionado; luego, que sigue bajando hasta las cuatro de la tarde; que a las siete vuelve a subir hasta las once; se mantiene quieto hasta las doce de la noche, y de aquí sigue descendiendo hasta las cuatro y media de la mañana. Pero Mutis, lento en sus juicios y preguntando a la naturaleza, más bien que a sus ideas, ha encontrado que estos períodos publicados están distantes de la verdad y que siguen otras leyes que reservamos para su tiempo. Por ahora sólo quiero informar al público de los grandes trabajos de este sabio; de su descubrimiento de la *variación nocturna*; de la relación que ha hallado entre el Barómetro y el satélite de nuestro planeta y de sus bellas ideas sobre las mareas atmosféricas, las que ya apuntó en 1794

en su *Tratado de la quina*. Todos estos grandes objetos los verá el público por extenso en una Memoria que preparamos y que tendrá lugar en nuestro semanario (1)".

Tiene todavía Mutis otro título que acredita su certera visión haciéndole acreedor a la gratitud de los astrónomos: es el de haber sido el primero que expuso y sostuvo, en América, el sistema de Copérnico, dándole a conocer en sus cátedras de Matemáticas y de Física. Semejante doctrina constituyó entonces una novedad que chocaba con las teorías de Tolomeo, allí reinantes y arraigadas. Los partidarios de éstas emprendieron ruda campaña contra el innovador, quien llegó a ser denunciado como partidario de opiniones opuestas a la fe católica. No se arredró Mutis; lejos de eso, presentó ante el virrey y los Tribunales la correspondiente querrela, y éstos declararon que el nuevo sistema no se podía censurar, ni menos condenar y proscribir. Como aun persistiesen sus adversarios en la lucha, redactó Mutis una exposición luminosa, firmada en Santa Fe el 20 de junio de 1801, explicando los fundamentos del discutido sistema y haciendo de él una defensa brillante, que siempre silenció a sus adversarios.

Merece también el reconocimiento de cuantos cultivan la ciencia de los astros por haber sido él quien promovió la fundación del Observatorio astronómico de Santa Fe. Trazó los planos, por encargo de D. José Mutis, el religioso capuchino Fr. Diego Domingo Petrez, quien tomó a su cargo la dirección de la obra. Comenzaron los trabajos el 24 de mayo de 1802, terminándose el día 20 de agosto de 1803. Trofeo gloriosísimo, dice Gredilla, que en un año de labor levantó a la ciencia de los cielos y que hará perdurable memoria de la influencia y dominación de Mutis en Nueva Granada.

En fin, y para terminar, haremos rápida mención de dos obras que constituyen nuevos timbres de gloria para el insigne gaditano y nuevas demostraciones de celo por la prosperidad y adelanto de aquel país. Es la primera el haber contribuido con su inmenso prestigio y sabias disposiciones a la creación de la *Sociedad Patriótica del Nuevo Reino de Granada*, cuyos fines eran: 1.º, fomento de la Agricultura y cría de ganados; 2.º, de la Industria, Comercio y Palicía; 3.º, de las ciencias útiles y artes liberales. La segunda fué el establecimiento de una escuela de dibujo en Bogotá, utilizando para ello un local adecuado en la misma Dirección de la flora. A dicha escuela eran admitidos los huérfanos de Nueva Grana-

(1) No llegó a publicarse.

da, y cuando estaban regularmente preparados para copiar láminas les asignaba un jornal, que iba en aumento según los progresos de los alumnos.

He aquí expuesta sumariamente la prodigiosa labor cultural y científica realizada en Colombia por D. José Celestino Mutis durante cuarenta y ocho años. Merced a ella el nombre del gran polígrafo conquistó el aplauso y admiración del mundo científico, cuyos representantes más genuinos le rindieron culto reverencial prodigándole calurosos elogios. Entre la correspondencia de Mutis publicada en la Biografía de éste por D. Federico Jerónimo Gredilla, pueden leerse las cartas efusivas y por demás laudatorias que dirigieron al director de la expedición botánica de Nueva Granada sabios de tanta nombradía como Linneo, Jacobo Ghan, Marsili, Schousboe, Willdenow, Labillardiere, Le Blond, Humboldt, Bonpland y otros muchos.

España puede vanagloriarse en este caso de haber enviado al Nuevo Mundo uno de los hijos más ilustres que han podido brotar de su seno, y en cuanto a Colombia, que conserva como depósito sagrado sus cenizas y su memoria, se honra hoy a sí misma ofreciendo a la excelsa figura del Dr. D. José Celestino Mutis el homenaje ferviente del gran pueblo colombiano que tuvo la dicha de cosechar todos los frutos de su inteligencia privilegiada, de su voluntad enérgica y de su corazón magnánimo.